

¿Se siente muerto?

¿Se siente muerto? Probablemente no. Tenemos un umbral de tolerancia mucho más alto cuando se trata de dolor emocional o espiritual a diferencia del dolor físico. Si se corta el dedo, de manera inmediata verá la sangre y sentirá el dolor. ¿Qué es lo que hace? Actúa de inmediato: toma una toalla, aprieta la herida, la venda e incluso puede ir rápidamente a la sala de emergencias para que le pongan un par de puntos si es necesario. Pero si está deprimido, se aguanta la tristeza y la falta de energía sin buscar ayuda.

Desafortunadamente, nuestra habilidad para soportar el dolor espiritual que resulta de un espíritu debilitado es aún más fuerte que nuestra capacidad para soportar el dolor emocional. Podemos estar doliendo espiritualmente e Incluso muriéndonos y aun así nos convenceríamos de que estamos bien. Podemos realizar todos los ejercicios religiosos de costumbre como ir a la iglesia, cantar alabanzas e incluso repetir oraciones que conocemos de memoria y no darnos cuenta de que espiritualmente estamos muertos. Seguimos en nuestra rutina, vamos al trabajo, a la escuela, cuidamos de los niños, pasamos tiempo hablando con los vecinos, invitamos a nuestros amigos a la casa para cenar y socializar; sin embargo, somos zombis espirituales, activos y caminando, sonriendo y riendo pero totalmente muertos.

¿Cómo se siente estar espiritualmente muerto? (Sí, aún podemos sentir cuando estamos muertos.) Es un poco diferente para cada uno de nosotros. Puede sentirse como desapego y aislado pero de una manera aun más profunda que cuando solo extrañamos la compañía de nuestros amigos. Los amigos pueden visitarnos, pero el sentimiento de aislamiento no se va. También se puede sentir como frustración y decepción hacia nuestra persona porque constantemente estamos fallando al tratar de ser la persona que deseamos ser: tranquila, menos ansiosa y más en paz, atenta con otros y más bondadosa.

Se siente como un vacío o como la falta de un verdadero propósito en nuestras vidas, aunque seamos personas muy activas. Si nos detenemos a pensar por un momento sobre la razón por la que hacemos lo que hacemos diariamente, en porqué estamos aquí, a dónde vamos, podemos de repente sentirnos vacíos. Nos estamos moviendo sin un ancla, a la deriva sin dirección alguna. El sentimiento nos da miedo: miedo de detenernos, miedo de enfrentarnos a nosotros mismos, miedo a cuestionarnos, a imaginar, a sentir. Es doloroso, por lo que tratamos de no pensar en ello. Aprendemos a soportar el dolor.

El aislamiento, vacío, y la falta de un propósito comienza a tener sentido cuando nos damos cuenta de que se trata de un dolor espiritual que proviene de separarnos del poder y la presencia del Padre. Aunque ya hayamos nacido de nuevo y el espíritu de Dios viva en nosotros, Pablo nos explica que podemos "agraviar al Espíritu Santo" (Efesios 4:30-31) al practicar la amargura, ira, o en otras palabras, al vivir en egoísmo. Al vivir de una manera egocéntrica, detenemos y retiramos el poder que le da vida a nuestros espíritus—y comenzamos a morir.

Si alguna vez sentimos, de verdad sentimos, que nos estamos muriendo espiritualmente, tenemos que hacer algo al respecto de manera inmediata, antes de unirnos a los muertos vivientes. ¿Qué debemos hacer? En vez de ignorarlo deberíamos abrazar nuestro dolor, sentirlo en su totalidad, dejar que nos abrume y nos lleve a un punto de quiebre en el que finalmente decidamos buscar la cura. Juan nos revela lo sencilla que es la solución que, sin duda alguna, descubrió debido a su propia experiencia: "Dios es amor. El que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él" (1 Juan 4:16). Pensamos que cuando estamos sufriendo, tenemos que hacer algo por nosotros mismos, y solemos retraernos para enfocarnos en nuestras necesidades. Lo mejor que podemos hacer por nosotros mismos es, por el poder del Espíritu de Dios, vivir en amor hacia otros. No hay miedo en el amor, y se sentirá vivo de nuevo, lleno de la presencia del Padre.

Sobre el autor

Raymond L. Fox cuenta con una trayectoria de cuarenta y cinco años enseñando sobre la transformación a la imagen de Jesús en los Estados Unidos y en el extranjero. Es consejero de adolescentes en los centros de detención para menores y cuenta con títulos en filosofía y en educación.

Traducción por Alejandra Castro.

